

## CUANDO LAS SEÑORAS SISAN



**E**STO de la sisa no es asunto que entra solamente en los predios de algunas «pobres chicas que tienen que servir». Es corriente oír que una señora casada, sin más ocupación que «sus labores», diga a una amiga: «¿Te gusta esta faldita? Me la compré con la sisa del mes pasado... Y para el que viene le tengo echado el ojo a una blusa que es un encanto...» Y la amiga la verá, sin duda, porque la sisa sale de la cantidad que el marido da para los gastos de la casa, y éste es dinero con el que se puede contar seguro. Lo único que hace falta es la habilidad suficiente para comprar lo que hay de más barato en el mercado, quejarse luego exclamando: «¡Hay que ver cómo está todo!», decir que se ha pagado diez por lo que de verdad ha costado ocho y ahorrar discretamente el sobrante de estas operaciones para satisfacer ciertas necesidades personales.

Vista así, la cosa resulta fea. Porque si sisar es siempre sistema poco honesto, mucho más lo es cuando se hace a expensas de la persona a quien más se debe sinceridad y lealtad.

Pero, ¿por qué ocurre este hecho? ¿No sería más cómodo y, sobre todo, más digno para la mujer contar con una cantidad propia para sus gastos en lugar de tener que recurrir a embrollos, no por indulgentemente admitidos, menos indecorosos? La respuesta es obvia. Ella lo preferiría pero no siempre está a su alcance conseguirlo.

Las razones pueden ser dos: o que el sueldo del marido no sea suficiente para permitir a la esposa —ni al resto de la familia— ningún dispendio aparte de los estrictamente imprescindibles, o que la organización económica del matrimonio tenga algún fallo atribuible a egoísmo o exceso de autoridad.

En el primer caso no cabe discusión. Donde hay poco debe haber poco para todos. Una escasez equitativa no da derecho a nadie a sentirse disminuido. Y no tendría justificación alguna la esposa que en tales condiciones aún pretendiera sisar en beneficio propio.

En el segundo caso, en cambio, puede encontrarse explicación a su actitud. El matrimonio es, idealmente, una institución en la que hombre y mujer se unen para lo mejor y lo peor, para capear tempestades y festejar acontecimientos, para ayudarse mutuamente. Todo entre los dos, porque se supone —y así debe ser— que todo es de los dos y para los dos. Pero así como la pobreza, cuando toca, es invariable y necesariamente compartida entre ambos cónyuges, no siempre lo es la abundancia. Maridos hay que estiman como bien particular, o al menos de particularísima administración, el dinero que ganan. Calculan lo que les parece suficiente para el gasto de la casa y lo entregan a la esposa, poniendo el grito en el cielo si alguna vez resulta insuficiente y considerando que ella, alimentada y vestida por él, en la medida que él mismo estima oportuno, no tiene derecho a quejarse.

Todo lo que considera «extraordinario» se le debe solicitar especificando el porqué y el cuánto. Y como aparte del gasto normal de una casa, existen otras muchas partidas necesarias, la esposa debe convertirse en una eterna pedigrüña que acaba cansando al marido y mortificándose a sí misma.

Es lógico que en el hogar se establezca un presupuesto en concordancia con las entradas y que la mujer, en su calidad de administradora doméstica, se esfuerce en respetarlo. Pero no es justo que se haga si no es de común acuerdo. Como se debe decidir lo que a dos afecta y a dos interesa, aunque sea uno solo el que gane. El dinero que el marido aporta no es «sus» dinero, sino el de la comunidad conyugal. Y la esposa gana también su parte con el esfuerzo que dedica a la casa, a la educación de los hijos, a la atención del marido. Que ésta no sea una tarea encuadrada en organizaciones sindicales ni sujeta a tarifas, no le importaría, si tuviese libertad para tomar del capital común lo que necesita para satisfacer lo que no sólo son caprichos; si no se viese obligada a atenerse a una cantidad inflexible —cuando esta cantidad no ha sido fijada por necesidad absoluta, sino por imposición del marido— como una gobernanta a sueldo; si sintiera que sus derechos, así como sus responsabilidades en materia económica, no son asuntos que sólo deben afectar al cabeza de familia.

Es difícil, casi imposible, que una esposa sea manirrota cuando tiene conciencia de que aquello que defiende le pertenece tanto a ella como a sus hijos y a su marido. Por eso los hombres generosos pueden confiar mucho más en la calidad de administradoras de sus mujeres que los cicateros. Estos deben sufrir, y es explicable, la reacción de sus cónyuges: precios falseados, compras que se ocultan, subterfugios y mentirijillas, más propias de antagonistas que de socios en una misma empresa. Y esta difícil, hermosa empresa del matrimonio, no puede llegar a buen puerto, como ninguna otra, si hay uno que impone su poder a la tremenda.

CARMEN VAZQUEZ-VIGO



La nutria del Brasil, en color perla, se ha utilizado para confeccionar este «redingote» con cuello y puños interiores de visón en el mismo tono.

rompe la monótona tradición que limitaba a unas pocas pieles, las más caras, el derecho de ser consideradas como utilizables.

Así vemos ahora abrigos de «hamsters», chaquetones de «civettes» y «kalgans», túnicas de «lakoda», sastres de «agneau rasé», rivalizando con la suntuosidad indiscutible del visón, el astrakán y la chinchilla.

Es de notar la gran tendencia deportiva en las prendas de piel. Incluso las más ricas adquieren líneas sencillas, clásicas, que resultan más juveniles y fáciles de llevar.

Detalles de la actual temporada son las mangas fruncidas, «balon», en los abrigos de visón; los cuellos pequeños; los botones de pasta del mismo tono de la piel o de pedrería para tarde y

noche. Muchas trabillas, bolsillos poco profundos y forros en gran variedad: desde la lana escocesa a la seda salvaje, el tricot y el encaje. En muchos casos, el forro es de la misma tela que el vestido.

Para la noche se ven elegantísimas túnicas bordadas en azabache y ribeteadas en otra piel, y abrigos largos en ocelot, droedtail y visón. En cuanto a los colores, también es vasto el campo de elección. Los «lakodas» se presentan en tonos inesperados —rosa, azul pálido, etc.—, y los «agneau rasé» son tan atractivos en su clásica gama de tostados, como en blanco purísimo o azul marino.

Los modelos que publicamos, pertenecientes a la colección de José Luis, son una fiel expresión de las tendencias detalladas.